

Una vez más Emma mira hacia atrás, dándose la vuelta para contemplar la granja con sus blancos muros encalados y el negro entramado de embreada madera. Es una pequeña granja con el techo medio derrumbado y una reducida parcela alrededor. Una humilde granja si se compara con las grandes propiedades vecinas de los granjeros adinerados. Ahora los establos están vacíos. Lo poco que la familia posee está apilado en la carretilla que empuja el padre de Emma. Todo lo demás ha desaparecido.

En Flandes y el sur de Limburgo la cosecha ha sido nefasta. El padre y los chicos han escarabado con el azadón el campo de patatas; solo han podido sacar una cesta de patatas que apenas son comestibles. Lo que había de durar todo el invierno se consumió en apenas un mes. El resto de la cosecha tuvo que echarse al fuego. Desde entonces era como si una negra nube de desaliento se hubiese posado sobre la pequeña granja. A la madre de Emma le dolía la cabeza de tanto cavilar. El padre se había vuelto sombrío y quisquilloso.

Abonaban el arriendo de la granja con las ganancias de las ventas de los tejidos, a los que tanto Emma, como su madre y Sofie dedicaban muchas horas, hasta que llegó un momento que ni eso fue suficiente. Las fábricas hacían el mismo trabajo más rápido y más barato.

La semana anterior, una mañana soleada de otoño, Emma estaba limpiando el cuenco para batir la leche cuando llegaron aquellos hombres: el propietario de la tierra y dos agentes judiciales. Sabía que venían a cobrar el arriendo y también sabía que una vez más no había dinero. Pero esa ocasión el dueño no se contentó con súplicas y promesas.

La madre llevaba a Mayke en brazos y Sofie se apoyaba en Emma, mientras observaban cómo todo lo de valor que había en la casa les era arrebatado. Del establo sacaron al buey, a la vaca y la cabra; los muebles, los cubos para la leche y el telar se arrastraron hacia el exterior. Todas sus pertenencias fueron cargadas en un carro, no podían impedirlo. Afortunadamente el padre llegó del campo algo más tarde, cuando el carro ya entraba por el camino rodeado de altos terraplenes. Podrían haberle detenido, teniendo en cuenta las amenazas y maldiciones que gritaba a los agentes judiciales.

-¿Cómo pretenden que are la tierra sin el buey? ¡Que me digan cómo! -Gritaba y daba una patada con el zueco contra el marco de la puerta. Pero lo que más le impresionó a Emma fue el desconuelo absoluto que mostró al girarse hacia ellos.

-¿Dios mío, cómo vamos a sobrevivir el invierno? No tenemos absolutamente nada.

Al final fue el cura de Slenaken quien aportó la solución.

-Si quiere, yo podría escribir una carta al decano de Quodbach -dijo pensativo-. Ha llegado a mis oídos que hacen falta mineros en Kerkrade, ¿os interesa?

Emma lo observó todo, y aunque su padre estaba de espaldas a ella y no pudo distinguir su rostro, vio que sus músculos se tensaron.

'Di que no, no quiero irme', rezó con fervor en su interior. No apartaba sus ojos de la espalda de su padre, como queriendo convencerle con la sola fuerza de su voluntad.

Su padre tardó mucho en contestar.

-No tienes elección, Jan Mullenders -dijo el cura-. No puedes pagar el alquiler del mes que viene, no tienes cómo pasar el invierno y has perdido todo lo que tenías. ¿Qué vas a hacer quedándote aquí?

-Tenía tantos planes, tantos sueños... -los ojos de Jan vagaban por la vivienda vacía.

-No eres el único, hay muchos que han sufrido la mala cosecha... Muchos son desalojados y todos buscan otro empleo.

Emma vio cómo su padre asentía con la cabeza.

-Escriba la carta, señor cura -dijo, con voz apagada.